

Ensayos sobre el Jihadismo 3

Biografía no autorizada del estado islámico

Por Juan A. Hervada

Preámbulo

El concepto de estado, de gobierno y, en general, de la cosa pública en el Islam tradicional es rigurosamente teocrático, lo cual ha dado lugar en sus catorce siglos de existencia a centenares de sectas y escisiones. Aunque la creencia de que la soberanía pertenece a Dios y no a los ciudadanos no es en absoluto exclusiva del Islam y en una etapa histórica muchas culturas hayan basado sus sistemas políticos en el derecho divino⁽¹⁾, sólo en el Islam se ha mantenido esa escuela de pensamiento hasta nuestros días, con la particularidad de que la representación de Dios se hace recaer en una sola persona, tanto para los asuntos religiosos como para los temporales, el Califa⁽²⁾, encarnación, humanización al fin, de la Voluntad Divina.

Las consecuencias para las sociedades musulmanas del dogma teocrático han sido desastrosas, pero muy particularmente en nuestra contemporaneidad. Una vez se admite seriamente que la soberanía sólo pertenece a Dios, los efectos perversos se multiplican: si el gobernante es representante directo del Creador queda eximido automáticamente de rendir cuentas de sus actos a los gobernados. Sólo Él puede enjuiciar su gestión de la cosa pública. Ese argumento, por encima de toda discusión racional, ha sido utilizado para justificar multitud de sistemas autocráticos⁽³⁾ y en el

¹ Hasta el siglo XVIII todas las monarquías absolutas europeas se legitimaban por derecho divino; también se puede señalar el caso de la divinización del emperador por los militares japoneses hasta la derrota de 1945. El general Franco, nostálgico de la monarquía absoluta donde los hubiera, también justificaba su dictadura “*por la gracia de Dios*”.

² Del árabe *Jalifatur Rasul*, literalmente “el sucesor del Profeta”

³ Es relevante hacer notar que los autócratas ateos, como Fidel Castro, por ejemplo, utilizan a menudo un argumentario equivalente para situarse por encima del rendimiento de cuentas a

Islam ha servido y sirve aún para rechazar el sistema democrático como atentatorio a la soberanía divina.

En nuestros días, los revivalistas islámicos del siglo XXI, tanto conservadores como revolucionarios, siguen reivindicando el dogma de la soberanía divina para justificar las autocracias, pero además añaden que **ese** dogma preciso forma parte inalienable de una supuesta “*identidad islámica*”. En última instancia, su sistema político ideal es la dictadura *por la gracia de Dios*. Ese planteamiento amenaza con llevar al colectivo humano de 1.200 millones de personas que es el Islam a un verdadero callejón sin salida filosófico e histórico. No sería, ciertamente, la primera vez.

A partir de la integración del poder religioso y temporal en una sola institución situada por encima del control de los ciudadanos y que se decreta indiscutible, no debe sorpendernos constatar que, desde los albores del imperio islámico en el siglo a nuestros días, casi todas las pugnas por el poder en las sociedades musulmanas se hayan expresado en términos religiosos y sólo excepcionalmente a través de un discurso propiamente político. El contestatario frente al poder establecido de turno tenderá a fundar una secta religiosa en lugar de un partido político; secta que se presentará siempre como ortodoxa, defensora de las *esencias eternas* de la religión, nunca como reformadora.

Desde el siglo VII a nuestros días la fórmula de gobierno casi exclusiva en los países musulmanes ha sido el despotismo autocrático. Eso no fue en sí grave mientras sistemas similares prevalecieron en todo el mundo pero a partir del siglo XVII, cuando empieza a gestarse en Europa lo que hoy llamamos sociedad civil y sobre todo desde el Siglo de las Luces y las revoluciones democráticas, la

sus gobernados; se proclaman “*responsables sólo ante la Historia*”, deificando la narración de la memoria colectiva, la cual, de todas formas, saben manipulable.

fosa entre los países islámicos y el resto del mundo civilizado no ha dejado de agrandarse.

En términos de libertad política, de derechos de los gobernados frente al abuso de los gobernantes, la historia del Islam es una pesadilla de forma circular, cerrada sobre sí misma. Quizá eso explique por qué la secta postmoderna que es el jhaidismo siente verdadera alergia por la historiografía y se refugie en la fabulación del pasado y su nuevo discurso identitario, haciendo abstracción de lo que ha sido el devenir político del Islam desde su fundación hasta la abolición del califato por Ataturk en 1924. Porque una peculiaridad del Islam político es que su teología no conoció la evolución de las otras religiones monoteístas, de menor a mayor libertad para el creyente sino exactamente al revés. El último califato, el del Imperio Otomano, fue mucho más rígido y despótico que los de los Abasidas o los Omeyas que le precedieron y duró nada menos que cinco siglos; los musulmanes españoles del siglo XIV eran individualmente mucho más libres que los afganos bajo el régimen taliban. De hecho, hubo que esperar a la revolución islámica de Irán de 1979 para encontrar la primera formulación política del Islam que reconociera, aún a regañadientes y con múltiples salvaguardas, una asamblea elegida por los ciudadanos y con relativa libertad legislativa. Innovación que para los rigoristas sunitas es una verdadera herejía, una usurpación de la soberanía divina. Aunque desde una óptica occidental los ayatollahs iraníes no sean precisamente ejemplos de sensibilidad democrática, si se les compara con el ultraconservadurismo sunita de un Sayyed Qutb o un Osama bin Laden resultan francamente progresistas⁽¹⁾.

¹ El símil ideológico de Bin Laden o Qutb estaría más en la ideología fascista de un imaginario Maurras musulmán devoto o, quizá aún más cerca, del nacional-socialismo alemán. Los nazis consideraban al pueblo alemán como el paradigma del verdadero

En última instancia, el jihadismo y el revivalismo islámico moderno en general son movimientos creados para preservar el poder sobre la sociedad de unas oligarquías integradas por clérigos y notables y para ello no vacilan en utilizar un discurso que oculta la historia real de los sucesivos estados islámicos, cuando no la falsifican con total descaro.

La historia desmiente, en primer lugar, que la decadencia de la civilización y la cultura musulmanas y el atraso técnico y social de los países islámicos se deban al impacto negativo del período colonial y a “*la agresión de la cultura occidental*”; el declive del mundo islámico es muy anterior –se inicia en el siglo X- y sus causas fueron internas, precisamente relacionadas con el sistema teocrático y la interpretación literal del Corán y la Sunna que se impusieron poco antes de que la hegemonía política pasara de los persas y los árabes a los turcos. En segundo lugar está el testimonio abrumador de catorce siglos de manipulación sistemática del credo religioso para alcanzar fines políticos. En tercer lugar, podemos constatar que el debate sobre la dimensión política del Islam no es nuevo: ya se daba hace más de mil años, y paradójicamente –estremece decirlo- con un nivel intelectual sensiblemente superior al actual.

Los inicios del estado islámico

Los teólogos sunitas del fundamentalismo islámico moderno, los más cercanos al discurso político y social del jihadismo, consideran que sólo los cuatro primeros califas, conocidos en la tradición musulmana como los *Rashidum* (*bien guiados, bien*

sujeto colectivo de la historia, la raza aria. El sujeto colectivo de los jihadistas es la comunidad de los creyentes, la Umma.

inspirados)⁽¹⁾ pueden ser considerados impecablemente islámicos. Ya en el siglo XVIII, cuando la decadencia del imperio Otomano se hizo evidente, algunos sectores del clero volvieron a hablar de esa época como la Edad Dorada del Islam en su prístina pureza. Hoy en día, para cualquier cuestión religiosa o práctica, los integristas buscan iluminación en la exégesis, a menudo abusiva y desde luego ajena al rigor histórico, de tradiciones que recogen dichos y hechos atribuidos a los cuatro califas *Rashidum*. Recuerdan, de alguna forma, a la manía de citar a los clásicos de los contendientes en las peleas ideológicas entre los comunistas de antaño. ¿Pero hasta qué punto fue tan dorada esa época?

Casi desde la muerte de Mahoma, las luchas por el poder y las querellas dinásticas fueron endémicas y los magnicidios frecuentes, pese a que el Islam conservaba aún su dinámica expansiva y sus seguidores estaban llenos de fervor misionero. De los cuatro califas *Rashidum* tres fueron asesinados y sólo el primero, Abu Bakr, murió de muerte natural.

El segundo califa, Omar ibn al-Jattab accedió al cargo por designación de Abu Bakr y alcanzó a reinar diez años que fueron trascendentales para la construcción del imperio islámico y han dejado una huella importante en la memoria colectiva del mundo musulmán. Fue asesinado en el año 644 por un esclavo cristiano persa despechado. En su lecho de muerte convocó un consejo de seis notables, una *shura*, y les exhortó a que eligieran entre ellos a un sucesor. La designación recayó en Utman, miembro de una noble familia de la Meca, los Omeya, y aunque su encumbramiento no fue bien visto por muchos, temerosos de que abriría la puerta al monopolio del poder por la aristocracia, se reveló como tan hábil

¹ Los Chiitas ni eso, ya que para ellos han sido meros usurpadores todos los califas desde la muerte de Alí, sobrino y yerno de Mahoma, y el asesinato de su hijo Hussein en la famosa masacre de Karbala en el año 680.

estadista y constructor de imperios como pragmático en cuestiones de dogma; él fue quien sentó las bases de la gran expansión islámica.

En poco tiempo todo Egipto, Siria, Irak y la mayor parte de Persia habían caído ya en poder de los ejércitos de Utman, aunque quizá su logro más importante, el que dio dimensión planetaria al imperio islámico, fuera la creación de una fuerza naval que, en la legendaria batalla de los Mástiles (654), consiguió derrotar a la marina bizantina, la más importante de su tiempo; con Utman, la expansión militar del Islam dejaba de ser un movimiento de tierra adentro, de tribus salidas de las profundidades del desierto de Arabia, para convertirse en un fenómeno geopolítico cosmopolita. Tras ese triunfo, se produce una primera pausa en el ímpetu guerrero del Islam, forzada sin duda por la necesidad de reorganizarse y afianzar el control del inmenso territorio conquistado. Sin embargo, la paz no les sentó bien a los enardecidos guerreros tribales y casi de inmediato hicieron su aparición las disensiones étnicas y tribales -siempre expresadas en términos religiosos- y la guerra civil entre musulmanes...

Dos años después de la victoria de los Mástiles, una banda de guerreros descontentos llegó de Egipto a Medina a presentar sus quejas; recibidos con frialdad, se amotinaron, tomaron por asalto el real del califa y este resultó herido de muerte. Por primera vez un califa moría a manos de musulmanes y sin haber tomado medidas para asegurar una sucesión pacífica. Los amotinados, quizá para legitimar el magnicidio, nombraron califa a Ali Ibn Talib, primo y yerno del profeta, pero este no fue reconocido de forma general y se produjo una prolongada guerra civil de varios bandos, todos contra todos.

Subyacente a ese primer estallido civil entre musulmanes había ya una pugna entre los pragmáticos, que se reconocían en la familia de los Omeya, y los pietistas, más puritanos, defensores de

Ali. En 661, tras cinco años en el poder, Ali fue a su vez asesinado (esta vez por un sicario enviado por los kharajitas, una secta aún más radical) y sucedido por otro miembro del clan Omeya, Muawiya, gobernador de Siria; el hijo de Ali, Hassan, renunció prudentemente al califato. Muawiya es el primer califa que introduce el carácter hereditario de facto del califato al designar como sucesor a su hijo Yazid. También estratifica a la sociedad musulmana en castas, con los árabes puros en la cúspide y debajo, por este orden, los hijos de árabe y esclava y los conversos no árabes en función de la fecha en que su familia se convirtió al Islam.

Entonces se fragua el primer gran debate político-religioso del Islam entre los kharajitas, para quienes cualquier creyente, independientemente de su raza u origen social, podía ser califa y los chiítas¹), que reservaban el califato a los miembros de la familia del Profeta. Entre ambas posiciones terminó cuajando una difusa mayoría centrista que decía que bastaba con pertenecer a la tribu del Profeta.

En el año 680, en Irak, empieza segunda guerra civil con la insurrección de Hussain, hijo del asesinado Ali y nieto del profeta. Sus consecuencias han llegado hasta nuestros días. Un ejército de los Omeya derrotó a Hussain en Karbala y setenta miembros de su familia fueron masacrados. Desde entonces, el aniversario de esa fecha (el décimo día del mes de Mujarram) es el punto álgido del calendario chiíta.

Cinco años más tarde, reinando el Omeya Abd al-Malik, tiene lugar una nueva sublevación en Arabia, encabezada esta vez por Abdala ibn al-Zubair que se autoproclamó califa en el Hijaz y llegó a controlar Irak y contar con partidarios en casi todo el imperio. Sólo después de su muerte en 692 consiguieron los Omeyas

¹ El término chií – *shia* en árabe- proviene de *shi'atu Ali*, partidario de Ali

restablecer una precaria paz civil, ya con Damasco como capital del imperio islámico, a distancia prudencial de las rencillas tribales de Arabia. La expansión territorial reemprendió su curso fulminante hasta llegar a España y Francia y se puso en pie, sesenta años después de la muerte de Mahoma, una administración eficaz, instaurando una moneda única, el dinar (¹) e imponiendo el árabe como lengua administrativa en lugar del griego o el persa.

A mediados del siglo VIII, tras una sucesión de califas Omeyas, se produce por una parte un violento rebrote de las tensiones tribales entre los conquistadores y por otra la agudización de la pugna entre los conversos de otras etnias y la aristocracia árabe. Las revueltas centrífugas se multiplican, como siempre justificadas por disputas teológicas entre kharajistas y chiítas.

Durante el Ramadam del año 747, se produce en la provincia persa del Jurasán(²) la decisiva sublevación de una nueva secta de corte radical, capitaneada por Abu Muslim, un esclavo liberto. Denunciaban, como era de esperar, la impiedad secularista de los Omeyas y reclamaba el califato para los Abasidas, descendientes de al-Abbas, tío carnal del profeta Mahoma, si bien la motivación de la mayoría de sus seguidores -persas convertidos al Islam- era el hartazgo de ser discriminados en su propio país por los colonos árabes establecidos tras la conquista. El movimiento creció a medida que se sucedían sus victorias militares y pronto su ejército fue capaz de controlar todo Irán, invadir la Mesopotamia, derrotar al ejército Omeya y proclamar califa al líder de la secta, Abu al-Abbas (749).

¹ Origen de la palabra dinero.

² *El País del Este* en antiguo farsi.

El esplendor de los Abasidas

El califato de la dinastía abasida se diferenció muy pronto del de los Omeyas, en parte por la influencia de la cultura política persa, mucho más sofisticada y relativamente secular, pero sobre todo porque al fin los árabes hubieron de compartir el poder con los musulmanes de otras etnias, aún cuando siguieran gozando de ciertos privilegios. En el plano más estrictamente político, el primer criterio de acceso a los puestos de gobierno pasó a ser el favor del califa en función de un criterio meritocrático, en lugar de la pertenencia a una familia antigua y prestigiosa, como era el caso con los Omeyas. En otras palabras, con la revolución abasida el imperio musulmán se transforma en una monarquía absoluta... El califa dejaba de ser el *primum inter pares* de un colectivo de jeques de tribu árabe para convertirse en un autócrata oriental, dueño y señor de un gran imperio que se extendía hasta el Atlántico. Imperio que dejaba de ser árabe para convertirse en propiamente musulmán.

A partir de establecerse en Bagdad la capitalidad del imperio islámico, el andamiaje político se articuló con rapidez: una corte fastuosa en torno al califa y un visir con funciones de jefe de gobierno, con un ministerio de finanzas que incorpora innovaciones tales como un tribunal de cuentas, un presupuesto y un sistema fiscal racionalizado. Se uniformaron los impuestos: para los musulmanes el diezmo y para los no musulmanes dos impuestos especiales –nada abusivos para la época-, uno inmobiliario y otro de capitación. Sobre todo, se puso en pie una administración de justicia que funcionaba sobre una base legal única en todo el imperio, administrada por cadíes nombrados por el califa. Por primera vez desde la antigüedad clásica, se recupera el concepto de seguridad jurídica y el Islam lo extiende a todos, sin distinción de raza o religión. Esa fue la verdadera base del esplendor de la cultura musulmana, en la práctica, infinitamente más igualitaria que todo lo que había conocido el mundo hasta entonces, sin nobleza

hereditaria¹), ni tensiones feudales y con un dinamismo intelectual también sin parangón. Mientras Europa vive los años más oscuros de la Edad Media, a orillas del Tigris, en Bagdad, se concentra una cultura cosmopolita que asegura la continuidad de la civilización, el puente que permitiría la transmisión del legado de la civilización clásica que en buena medida perdido en Occidente.

En lo religioso los Abasidas intentaron durante casi treinta años reformar el Islam, imponiendo su propia ortodoxia teológica oficial, la *Mu'tazila*, una doctrina racionalista, fundada por Wasin bin Ata en Basora a principios del siglo VIII. Defendían la necesidad de dotar de un discurso intelectualmente coherente a la fe islámica y negaban el carácter eterno del Corán, propugnando el libre albedrío de los creyentes, la responsabilidad absoluta del hombre por sus actos y, punto clave, rechazando la predestinación. Para los califas Abasidas, la ventaja política de esta doctrina era que abría la puerta a la actualización del dogma, sobre todo en su vertiente jurídica, para adaptar a la realidad del mayor imperio que habían conocido los tiempos una ley islámica concebida para una confederación de tribus beduinas. La *Mu'tazila* tendría una influencia duradera entre los chiítas de Persia y los zaiditas del Yemen, pero fue combatida sin tregua por los clérigos sunitas, que la tachaban de herética, y en el año 848 el califa al-Mutawakkil, ante la agitación tradicionalista que amenazaba con costarle el trono, hubo de renunciar a imponerla.

Para muchos historiadores el imperio islámico de los Abasidas es heredero del de los sasanidas persas, pero mucho más extenso, con una organización interna incomparablemente más evolucionada y una clara aspiración al estado universal. Aspiración creíble en aquél entonces por su sistema administrativo y de gobierno más avanzado y respetuoso de los derechos individuales

¹ Fuera de los descendientes del Profeta.

que todo lo que había conocido la humanidad hasta entonces. Sin embargo, la derrota ideológica que representó el abandono de la *Mu'tazila* puso en evidencia sus límites y pronto aparecerían las semillas de su disgregación. Pese a las tentativas de conquistar Constantinopla para controlar el comercio marítimo, los Abasidas no lograron incorporar el Mediterráneo a su área de influencia económica y fatalmente terminaron por pagar el precio de todo imperio continental, la involución; paulatinamente, las tendencias centrífugas de las provincias marítimas se hicieron irresistibles. El califato de Bagdad se orientó, como la antigua Babilonia, hacia el control de las vías comerciales terrestres, las rutas de las caravanas hacia oriente y, aunque consiguió llevar sus fronteras hasta China, esa expansión no sirvió para evitar la decadencia sino que más bien la aceleró.

Como es natural, la primera provincia marítima en separarse del imperio fue la más lejana de Bagdad, o sea, España. Allí se refugió el último miembro fugitivo de la familia Omeya, Abderramán, que logró consolidar en Córdoba una dinastía propia. La independencia del nuevo estado andaluz fue como la señal de partida para que ya desde el final del siglo VIII aparecieran dinastías independientes en Tlemcén y Fez. Los Tulonidas se separaron en Egipto y en Túnez los Agalbidas. Al igual que la fragmentación del imperio romano produjo una serie de cismas en el cristianismo, convertido en religión de estado, la división del imperio islámico de los Abasidas trajo consigo la multiplicación exponencial de las sectas y las querellas teológicas. El rigorismo místico kharajista, que se impuso en el norte de África, fue quizá el movimiento con mayor impacto político hasta que en 910, siempre a partir de Túnez y ante la impotencia del califa de Bagdad, los Fatimidas consiguen establecer un califato chiíta, que se extendería luego hasta el Hizjad y Egipto, donde fundarían la ciudad de El Cairo.

En el siglo IX la gran crisis económica en China y las consecuencias de la independencia de las provincias marítimas empiezan a repercutir en el interior continental del imperio abasida. Los grandes propietarios de tierras (la palabra latifundista queda corta ante las extensiones que controlaban algunos de ellos) se imponen por doquier como señores feudales. En el año 875 los Samanidas iraníes se apoderan de Bujara mientras que en la Persia occidental los Buidas instauran su propio emirato autónomo. El papel del califa empezó a parecerse al del Papa de Roma, pero con menos poder político al no disponer del arma coercitiva que fue la excomunión frente a los príncipes del medioevo; el vínculo de los nuevos emiratos independientes con el califa era tenue, en general limitado a una mención protocolaria en la oración de los viernes. Hacer acto de sumisión **religiosa** al comendador de los creyentes, reconociendo su primacía en tanto que sucesor del Profeta, se convirtió en un precio barato para desgajarse de la obediencia **en lo temporal**.

Pero la dinámica de disgregación amenazaba también a esos nuevos estados. Si los emires habían encontrado la fórmula para justificar en lo religioso su independencia frente a Bagdad, nada fundamental impedía que hicieran lo mismo sus subordinados, los gobernadores de provincias y plazas fuertes. Para mantener la unidad y evitar la atomización de sus dominios en centenares de feudos señoriales, los emires empezaron a utilizar a esclavos turcos como gobernadores de los lugares estratégicos. Pero esa solución, que terminaría convirtiéndose en tradición en todo el mundo musulmán, sólo era viable en la medida en que se mantuviera el vínculo de lealtad entre amo y esclavo; el primer gran revés, que iba a tener consecuencias importantísimas más tarde, lo sufrieron los Sasanidas cuando el gobernador esclavo de la estratégica plaza fuerte de Ghazna se autoproclamó emir y les obligó a reconocerlo como vasallo. Era el primer estado turco en el interior del imperio musulmán. Se acababa irremediablemente la etapa de esplendor.

De Asia llegaron los Turcos

Los turcos eran pueblos tribales, nómadas de las estepas de Asia, cuyo habitat cubría un inmenso espacio entre el mar de Aral y la frontera china. La descomposición de la parte oriental del imperio islámico y la crisis económica y política de China les empujaron hacia el sur. En las últimas décadas del siglo X ya ocupaban todo el Asia central y amenazaban las vitales rutas de las caravanas. Con la falta de salidas comerciales hacia occidente, se había iniciado ya la decadencia de las ciudades que salpicaban esas rutas, con su cultura refinada, mezcla de elementos persas, griegos, indios y chinos, pero la presión militar de los nómadas las arruinó completamente. Los grandes centros comerciales de Samarcanda, Bujara y Kodjend cayeron en sus manos y la plaza fuerte de Ghazna, donde como ya hemos dicho reinaba un emir turco, les siguió de cerca. Ya no había caravanas, sólo hordas dedicadas al saqueo. La guerra de rapiña sucedía al comercio como base de la economía. A principios del siglo XI los turcos, cuyo número crecía constantemente con la llegada de nuevas tribus desde el norte, cayeron sobre el Punjab y lo devastaron.

Mientras tanto, privadas del vital comercio con oriente, las provincias persas del imperio abasida, se descomponían de forma acelerada y la onda expansiva alcanzó pronto a las provincias occidentales; Armenia y Arabia se independizaron a su vez. Era la crisis total que, para mayor desgracia, coincidió con un repunte del imperio bizantino. El emperador Nicéforo Focas aprovechó la desorganización del atribulado imperio islámico para lanzarse a la ofensiva, ocupando Rodas, Chipre, la Cilicia y Alepo. En 969 los bizantinos ocupan Siria. El califa ya sólo era la cabeza religiosa meramente nominal de un Islam que había estallado en una multitud de estados feudales.

Mientras los bizantinos atacaban por occidente, los turcos prosiguían su avance más al norte, cortando el contacto entre Bizancio y las ciudades rusas del norte. En 1050 la tribu de los Selyucidas, recién convertida al Islam sunita, ocupa todo el Irán occidental. El califa pidió su ayuda para oponerlos a los Buidas, que eran chiítas, y en 1055 los turcos entran como aliados en Bagdad. Quizá soñando con recobrar el poder efectivo sobre las provincias rebeldes gracias a aquellos feroces guerreros apenas salidos del nomadismo, el califa nombró al jefe turco Tughrul-bek su vicario temporal, con la misión de restaurar la ortodoxia del Islam. El jefe nómada semisalvaje fue honrado con el título de sultan y "Rey de Oriente y Occidente". El posterior desarrollo de los acontecimientos sugiere que allí, una vez más con la justificación del interés supremo de la religión, se firmó la sentencia de muerte de la civilización musulmana clásica. En menos de cincuenta años, la magnífica cultura que había producido el Islam desde el siglo VIII iba a caer primero en la esterilidad creativa y en el inmovilismo después.

Cuando los turcos recuperaron Siria de los bizantinos en 1086, la dividieron en feudos a sus capitanes y guerreros. Las ciudades de la costa, centros claves del comercio internacional desde 4.000 años atrás, entraron en decadencia. En Asia Menor los turcos se establecieron en torno a Konia y, nómadas al fin, destruyeron la agricultura para disponer de pastos para el ganado. En unos pocos años, uno de mayores focos de civilización desde la antigüedad cayó en la barbarie y se consumó el final, al menos en oriente, de la gran aventura cultural de la civilización musulmana, continuadora directa de la civilización antigua clásica. Los turcos selyucidas, islamizados, mantuvieron a los califas Abasidas en un papel casi decorativo, como fachada religiosa legitimadora de su poder. Los jefes tribales de aquél pueblo de las estepas habían comprendido que convertirse al Islam era el talismán mágico para consolidar su dominio sobre los pueblos del Oriente Medio; una vez

musulmanes, podían contar con el apoyo de las mezquitas o, para ser más precisos, del clero que ejercía funciones administrativas, para exhortar a los pueblos conquistados a la sumisión. Desde esa óptica, no es extraño que, más allá del tópico furor del converso, los selyucidas transformaran en defensores entusiastas de la ortodoxia.

Pero lo peor estaba por venir, a la invasión de los selyucidas iba a seguir un siglo más tarde la de los mongoles, aún más terrible.

Pirámides de cabezas

En 1219, tras derrotar al imperio chino, el jefe mongol Gengis Kanh se decidió a llevar a su formidable y disciplinado ejército de 200.000 jinetes hacia el oeste y atacar las tierras del Islam. En dos años conquistó Bujara, Samarcanda, Herat, Nishapur y Merv, todos los grandes centros comerciales de Asia central. Desde esa nueva base, sus generales lanzaron razzias que llegaron por occidente hasta Novgorod en Rusia. En 1224 regresó a Mongolia para aplastar una rebelión que había surgido en Karakorum y murió en 1227, dejando a sus sucesores un vasto imperio. Gengis Kanh era, además de un genial jefe militar, un gran administrador y un político astuto. Aunque sus ataques eran feroces y sus victorias coronadas por enormes matanzas, eso era una táctica, bárbara sin duda pero eficaz, para estimular a otros pueblos a someterse sin combatir; una vez establecido su poder, procuraba por todos los medios favorecer el comercio y la seguridad de las rutas y practicaba una tolerancia religiosa eximiendo de impuestos a clérigos y sacerdotes de todas las religiones. A su muerte, el imperio fue dividido entre sus hijos Ogodei, que heredaría el título de Gran Kanh, y Chagatai que recibió un pequeño pero estratégico reino en Asia central poblado mayoritariamente por nómadas turcos y que, sobre todo, incluía Bujara y Samarcanda, centros de lo que quedaba de cultura islámica al oriente de Persia. Cuando murió Chagatai, su reino fue

incorporado al kanato de su hermano Ogodei; una parte de sus jefes eran ya, al menos nominalmente, musulmanes.

Fue en Persia donde la invasión mongola tuvo el impacto más terrible. Los invasores diezmaron a la población y sólo perdonaron la vida a los artesanos que fueron llevados a Samarcanda que, gracias a ellos empezó, a llenarse de monumentos magníficos. En 1221, en Parwan, en el Afganistán actual, Jalal al-Din, hijo de un príncipe musulmán de Asia central consiguió la única victoria de los musulmanes persas sobre los mongoles, pero fue el canto del cisne, porque ese mismo año su ejército fue totalmente destruido y los invasores avanzaron arrolladoramente, sembrando la desolación a su paso a través de toda Persia. Isfaján cae en 1237 ; catorce años más tarde, coincidiendo con la elección del Gran Kanh Mongke, los invasores se deciden a atacar el mismísimo centro del califato, Bagdad. El nuevo Kanh envió a su hermano Hulegu con orden expresa de destruir los restos del califato abasida si se negaban a reconocerse como vasallos suyos. Musta'sim, el último califa de Bagdad, se negó a rendirse.

Sobre el papel, el califato disponía de recursos humanos para poner en pie un ejército capaz de oponerse a los mongoles. Pero en realidad se trataba de fuerzas reunidas apresuradamente, mal entrenadas y cuya moral estaba minada por las desavenencias entre chiítas y sunitas. Con tal de ver destruidos a sus enemigos sunitas, muchos chiítas de Irak dieron la bienvenida a los mongoles y se unieron a ellos. Lo mismo hicieron gran número de cristianos, quizá influenciados porque entre los mongoles había bastantes cristianos de la secta nestoriana. En 1258 conquistan Bagdad y su ejército hace una espantosa carnicería. Hulegu ordena hacer una pirámide con las cabezas de los líderes religiosos, de los intelectuales y los poetas y destruir el sistema de canales de irrigación del país. El propio califa es capturado y asesinado. Irak había de ser en adelante

una frontera olvidada que se gobernaría desde la nueva capital mongola, establecida en Tabriz.

La dinastía de los mamelucos

El avance de Hulegu llegaría hasta Egipto, pero allí conoció por primera vez la derrota. Con la disgregación del imperio de los Abasidas y los califas reducidos a marionetas de los jefes militares turcos, en Egipto se había ido asentando un número creciente de mamelucos (¹), esclavos turcos utilizados como militares por los gobernantes árabes. Uno de ellos, Qutuz, se hizo con el poder y, aprovechando el vacío causado por la destrucción de Bagdad y el asesinato del califa Musta'sim, se proclamó sultán. Qutuz era un gran jefe militar y logró organizar la resistencia contra Hulagu Khan, que había ocupado Siria a la cabeza de una formidable horda de 120.000 guerreros y amenazaba ya con cruzar el Eufrates y caer sobre Egipto. La batalla final, extremadamente sangrienta, tuvo lugar en Ain Jalut, en Palestina, y Qutuz consiguió derrotar a los mongoles. No pudo gozar de su victoria mucho tiempo, sin embargo, porque uno de sus generales, Baybar, lo asesinó y se proclamó a su vez sultán, dando origen a la dinastía de los mamelucos que habría de controlar Egipto, Palestina y el norte de Arabia durante dos siglos y medio. El triunfo de los mamelucos salvó de la destrucción al Islam occidental y su capital El Cairo se convirtió en el centro intelectual y artístico más importante, si bien nunca pasaría de ser una pálida sombra de lo que fuera Bagdad porque el régimen mameluco era, ante todo, un sistema militarista que despreciaba todo lo que no fuera el oficio de las armas. Eso les había valido para parar a los mongoles pero les impediría después crear un nuevo califato que tomara el relevo del de Bagdad. Los

¹ De *Mamluk*

ejércitos han destruido muchas culturas pero no han creado nunca ninguna.

El último y piadoso conquistador mongol

Cincuenta años más tarde volvería a tomar cuerpo en el Asia central la amenaza de los mongoles, esta vez con una nueva componente política, mucho más peligrosa, porque se habían convertido al Islam. Para 1326, el antiguo reino de Chagatai era ya oficialmente un estado islámico y en 1364 se alzó con el poder Timur, conocido en occidente como Tamerlán, un descendiente de los invasores del siglo anterior, pero ya nacido en Samarcanda y musulmán por añadidura... Tamerlán invade primero Persia y luego Azerbaiján, Armenia, Georgia y el norte de Irak. Derrota a los mongoles del sur de Rusia, dirige todas sus fuerzas contra el Asia Menor, que conquista en 1395, y en 1398 lanza una expedición devastadora contra los ricos principados musulmanes del norte de la India. Es interesante y muy significativo que Tamerlán siente ya la necesidad de justificar su ataque a los musulmanes de la India por razones religiosas, acusándolos de ser demasiado tolerantes con los infieles hinduistas. El cambio respecto al concepto del uso de la fuerza militar en el Islam primitivo es total; Tamerlán es el primero que busca legitimar su hambre de conquista y pillaje presentándose como la espada defensora de la ortodoxia islámica.

Tras derrotar al sultán de Delhi y saquear a conciencia sus dominios, volvió de nuevo al Oriente Medio, con la intención de someter a los Mamelucos, a los que arrebató Damasco y Alepo, y se vuelve contra el naciente imperio de los turcos otomanos. En 1402 vence al sultán otomano Bayacid, lo hace prisionero (se suicidaría en cautividad un año después) e instaura un control férreo sobre el Asia Menor. Murió en 1405, cuando preparaba una invasión contra China.

El vacío dejado por la muerte de Tamerlán iba a permitir la creación del imperio otomano, que durante cinco siglos, hasta 1924, iba a terminar definitivamente con el Islam de las gacelas para imponer el de los papagayos.

La decadencia musulmana en el Mediterráneo

Antes de abordar la descripción del imperio otomano, el último califato que presentan como referente de estado islámico los jihaidistas y la mayor parte de los revivalistas, conviene repasar el proceso del declive musulmán en el Mediterráneo occidental, donde se conservó durante más tiempo el rescoldo del antiguo resplandor cultural del Islam.

Los puntos clave de la potencia del Islam en el Mediterráneo, aún dentro del contexto de la fragmentación del califato, eran la España musulmana, Túnez y Egipto.

Córdoba, a mediados del siglo X, era sin duda y de lejos el centro cultural y económico más importante de Europa, con un movimiento intelectual comparable al de Bagdad. Sin embargo, su economía dependía precisamente del comercio con su rival de oriente y la ruina de Bagdad trajo la decadencia de la España musulmana que hacia el final del siglo X entra en una crisis sin retorno, paralela a la que, por las mismas razones, afectó al imperio bizantino. La casi total desaparición del comercio trajo consigo la disminución de los ingresos fiscales del estado, lo que a su vez se tradujo en la preponderancia de la aristocracia rural; como en Bagdad, para impedir que los terratenientes acaparasen los puestos administrativos los califas cordobeses los pusieron en manos de esclavos y mercenarios, en este caso beréberes. El poder en la corte cayó en manos de los eunucos del harem y finalmente se produjo el choque entre el partido de los beréberes y los esclavos y la

aristocracia rural de origen árabe. Pronto la guerra civil se hizo endémica. En las provincias los gobernadores y en la costa los esclavos y los beréberes proclamaban una constelación de reinos independientes.

El poder marítimo de los chiítas fatimidas en Túnez y Argelia tampoco sobrevivió mucho. En 1007 se había producido la vuelta de ambos países a la ortodoxia sunita y su separación del Egipto herético, enzarzándose en una desgarradora contienda religiosa con sus antiguos amos. Hacia 1050, en la misma época que se afianzaba el dominio de los turcos selyucidas en Bagdad, los hilalíes, tribus nómadas y guerreras venidas de Arabia, se habían asentado en el alto Egipto y los sultanes Fatimidas de El Cairo, para quitárselos de encima, decidieron enviarlos contra sus súbditos rebeldes de Túnez y Argelia. El resultado fue una catástrofe sólo comparable a la de la invasión de los vándalos en el siglo V. Los hilalíes impusieron en todo el norte de África un sistema feudal que sumergió a Egipto y Argelia en la anarquía y destruyó el comercio; la gran actividad marítima tradicional de la antigua Cartago hubo de reconvertirse a la piratería.

Mientras la decadencia se apoderaba de los grandes centros económicos del Islam, entre los beréberes del Atlas surgió una ola de misticismo fanático que dio lugar a una orden de monjes-soldados, los almorávides, que se lanzaron a islamizar el África subsahariana, pero los conflictos entre sunitas y chiítas en el Magreb los hicieron regresar llenos de celo para imponer la ortodoxia más estricta. En 1082 dominaban Argelia y Marruecos. Dos años después cruzaron el estrecho de Gibraltar y conquistaron toda la España musulmana de forma fulminante.

Al inicio del segundo milenio dos guerras santas, una en Oriente y otra en Occidente, van a imponer la ortodoxia sunita a sangre y fuego. En ambos casos se trataba de pueblos pobres, tribus aún parcialmente nómadas, fanatizadas en base a una versión

intransigente, literal y fundamentalista del Islam. La victoria de los almoravides sería un triunfo pasajero, pero los turcos selyucidas lograrían sentar las bases de una nueva formulación del Islam político basada en el militarismo, la esclavitud y el odio al libre albedrío. Y ese fue el final, brusco y nada glorioso de la brillante cultura filosófica y científica del califato de Bagdad. El misticismo sufí del teólogo Al Gazel, fulminando contra los filósofos, en su obra “Incoherencia de los Filósofos”, marcó el triste final de tres siglos durante los cuales el pensamiento del Islam oriental había sido libre, mucho más libre que en la Europa cristiana y por ello, ciertamente, más creativo.

En España y el norte de África, lejos del letal control de la escolástica impuesta por los nuevos amos turcos, la libertad de pensamiento sobreviviría aún hasta el siglo XV. En Córdoba, Averroes, el juez filósofo e intelectual, último intelectual universal del Islam, contestaría al delirio místico de Al Gazel con su memorable “Incoherencia de la incoherencia”, una defensa encendida, conmovedora y casi patética del derecho a pensar, introduciendo en el aristotelismo los conceptos neo-platónicos que pasarían luego, dos siglos más tarde, a las corrientes humanistas del renacimiento europeo. También en Córdoba, el gran Maimónides recupera la tradición racionalista de Aristóteles y prepara el camino de Spinoza. En Cádiz Ibn Tufayl, conocido en occidente como Abubacer, escribe su magistral obra sobre el anacoreta que, tras años en una isla desierta y haber llegado al conocimiento de Dios, topa con un clérigo con el que mantiene una discusión memorable en la que Abubacer ilustra su creencia en el origen natural de todas las religiones, un libro que, traducido a varias lenguas, tendría una influencia inmensa en Europa, particularmente sobre los ilustrados y los enciclopedistas del siglo XVIII. En Túnez, ya en el siglo XV, Ibn Jaldun sería el último gran historiador del Islam...

El final del siglo XV iba a marcar así pues el punto final de la participación de los musulmanes en la sociedad global surgida de la antigüedad en torno al Mediterráneo, la cual se replegó sobre su parte occidental primero y luego, asimilada por los cristianos renacentistas se lanzaría a todo el planeta, a través del Atlántico hacia América y circunvalando Africa, rodeando y dejando de lado las tierras del Islam, hasta Asia. En Europa, aunque se estaban gestando los dos siglos de guerras de religión entre protestantes y católicos, el humanismo y la tradición clásica habían vuelto a enraizarse, precisamente gracias a aquella civilización islámica cosmopolita que se había mantenido del siglo VII al X, cuando Bagdad y Córdoba eran las grandes encrucijadas, los centros que mantenían en contacto entre sí a todas las partes del mundo civilizado y que habían asegurado la continuidad de la civilización.

El imperio selyucida, al terminar con la libertad de pensamiento, inicia la destrucción definitiva de aquella gran civilización, creando entre Europa y Asia una barrera insalvable que determinaría la decadencia geopolítica del Islam. La única vía de contacto posible entre las economías de Europa y Asia era ahora por mar y con ello se abrió el camino a la hegemonía de los pueblos navegantes. Bajo el sultanato otomano, el Islam se replegó sobre si mismo, enquistándose en una inmovilidad pasmada y en lo intelectual y científico se fue convirtiendo, cada día más, en una sombra de sí mismo. Quizá el Elogio de la Locura hubiera debido escribirlo un musulmán...

El imperio de la permanencia

Los otomanos, más que un estado propiamente dicho, eran un clan militar, como los mamelucos. En el siglo XIV habían llegado a ocupar el Asia Menor y buena parte de los Balcanes pero, tras su derrota por Tamerlán, su expansión se detuvo durante unos años de

interregno y luchas intestinas entre los hijos de Bayacid. Muerto el emperador mongol, volvieron a recuperar su empuje guerrero bajo tres sultanes tan crueles como buenos militares: Mahomet I, Murad II y Mahomet II que fue quien consiguió conquistar Constantinopla en 1458, punto en el que podemos situar el verdadero inicio del estado islámico Otomano, si bien aún pasarían 60 años antes de que un sultán osara proclamarse califa, jefe religioso del Islam.

A partir de ese momento el Oriente musulmán y el Occidente cristiano van a seguir sendas cada vez más divergentes. Los reinos cristianos europeos controlarán el tráfico marítimo y se orientarán hacia la separación de la religión y el estado en tanto que los otomanos, a través de un sistema teocrático militarista, impondrán su hegemonía sobre el mundo musulmán, construyendo su imperio de espaldas al mar.

En Europa, las monarquías absolutas van a aplastar los restos del feudalismo y la Reforma protestante acarreará finalmente la inevitable pérdida del poder arbitral del papado. La conquista de los mares, paralela y simbiótica con el florecer de los centros urbanos europeos, va a generar una sociedad civil cada vez más potente, que terminará por imponer el parlamentarismo en Inglaterra y que, a finales del XVIII, dará lugar a las revoluciones de Estados Unidos y Francia. Por el contrario, el imperio otomano, tras un primer período de expansión gracias a sus conquistas militares, entraría en un letargo prolongado, con una estructura estatal cristalizada, basada en el despotismo del sultán y la corte del Serraglio, una burocracia servil y el militarismo esclavista. Era un sistema encorsetado por una estructura de castas, incapaz de renovarse y de constituir una sociedad civil única; cuando a mediados del siglo XVII perdió su capacidad de obtener victorias en los campos de batalla, su único objetivo fue ya la permanencia.

¡Qué contraste con la tradición islámica previa a las invasiones de los pueblos nómadas! El imperio otomano nace ya deca-

dente, falto de creatividad intelectual, sin vocación universalista, ensimismado. Su visión del mundo es heredada los mongoles y los turcos primitivos, no de los Abasidas: sólo podía mantenerse mediante la guerra de conquista y cuando llegaron las derrotas cayó en la introspección social y política más absoluta.

Quizá la ilustración más clara de lo anterior, el punto de inflexión que marca la divergencia entre las monarquías europeas y el califato otomano, sería la ausencia de este del incipiente proceso de desarrollo de la juridicidad internacional, del *concierto de las naciones*. Los sagaces venecianos inventaron la diplomacia moderna al final del siglo XV. Poco después, Enrique VIII de Inglaterra, el emperador Carlos V y Francisco I de Francia se envían ya unos a otros embajadores permanentes. Pero los sultanes otomanos consideraban que enviar embajadores era un acto de sumisión y, aunque aceptaron los embajadores de los demás, nunca se hicieron representar en las cortes europeas. Tamaño error tendría consecuencias fatales.

Porque casi al mismo tiempo que surgía en Europa occidental una práctica de derecho internacional, este se convertía en ciencia. La guerra deja de ser un fin en sí y se plantea la cuestión de su legitimidad; nace el derecho de gentes y se desarrollan los tratados **entre estados**. Ingleses, españoles, portugueses y holandeses se adueñaban del mar y el comercio mientras los sultanes otomanos, anclados en su visión prepolítica del mundo, seguirían buscando sojuzgar reinos y principados para exigir tributo a sus gobernantes, obsesionados durante siglos por reconstituir el imperio bizantino e invadir Europa. Hasta el imperio otomano el mundo islámico y Europa compartían una misma civilización que hundía sus raíces en la antigüedad clásica, pero desde el siglo XVI en adelante las diferencias van a ser cada día mayores.

Ejército, religión y sociedad

El *califato* otomano nace oficialmente en 1520 en medio de una expansión territorial fulgurante. El sultán Selim I se lanzó a la conquista de los estados musulmanes independientes; el Egipto de los mamelucos fue sometido en 1517, después, casi sin resistencia, los lugares sagrados del Islam, la Meca y Medina, lo que le dio pie a tomar el título de califa. Su sucesor, Solimán el Magnífico, invade la Mesopotamia, conquista Bagdad en 1534 y luego se vuel-ve hacia occidente, toma Belgrado y Buda y pone por primera vez sitio a Viena, consiguiendo que el emperador le pague tributo por permitirle conservar una parte de Hungría. Pero no logra vencer a los iraníes: en 1552 el sha Thamas, ayudado por tropas portuguesas que controlaban ya el estrecho de Ormuz, le inflinge a orillas del Eufrates una tremenda derrota, -su ejército tuvo más de 100.000 bajas-, cerrándole definitivamente la ruta de Oriente.

Su sucesor, Selim II consiguió conquistar Chipre, pero en 1571 su flota sufrió el descalabro irreparable de Lepanto, que marcaría el final de las ambiciones marítimas de la Sublime Puerta, condenando el imperio a la continentalidad, encajonado entre una Europa cuya conquista se hacía cada día más improbable y la Persia chiíta y hostil. El declive económico del imperio otomano era ya inevitable porque el desarrollo de navegación alrededor del continente africano, primero por los portugueses y luego por los holandeses, abrió una ruta comercial entre la Europa occidental y Asia más barata que las improbables rutas terrestres.

Si aceptamos que la decadencia del califato otomano se inicia en Lepanto, esta habría durado nada menos que tres siglos y medio, hasta su abolición por Ataturk en 1924. ¿Cómo explicar esa supervivencia, esa estabilidad casi inquietante, en un mundo crecientemente global, en el que los cambios se producían cada día de forma más acelerada? La respuesta está sin duda en que los mecanismos de gobierno y control social habían sido diseñados con la perma-

nencia y la inmutabilidad como primeros objetivos. Y es innegable que en ese plano fueron tremendamente eficaces.

Pero desde el punto de vista de la cultura y la sociedad musulmanas, al identificarse el Islam con un imperio despótico ya anacrónico en el siglo XVII, las consecuencias negativas han sido muchas y tan profundas que se hacen sentir aún hoy en día. Tanto en el plano religioso como en el político y cultural, la organización anquilosada del califato otomano, con apenas ínfimas variaciones en su estructura y lógica social durante cuatro largos siglos, han dejado una marca indeleble en el Islam hasta nuestros días. Las formas de relación entre el poder político y el clero musulmán en todo Oriente Medio, por ejemplo, siguen aún en muchos sentidos la pauta del imperio. Es significativo también que Osama Bin Laden, en su declaración de guerra a los “*judíos y a los cruzados*” de 1998, hiciera referencia a la abolición en 1924 del imperio otomano como el punto de partida del declive geopolítico de **su** Islam.

¿Qué caracterizaba al califato otomano? La piedra angular del imperio era la obediencia ciega a una autoridad ilimitada, y ello no sólo para los pueblos no musulmanes sometidos sino, quizá en aún mayor medida, para sus súbditos naturales, los musulmanes. El sultán disponía de todas las tierras conquistadas, cuya propiedad se atribuía y que sólo cedía a sus súbditos en forma de *timar*, un usufructo temporal o vitalicio pero sin derecho a la transmisión hereditaria y siempre, en cualquier caso, en dependencia permanente del capricho del soberano.

El poder del sultán-califa se sustentaba sobre dos pilares: el ejército y la religión. Comendador de los creyentes, era ya no sólo el gobernante y defensor del espacio físico musulmán, del Dar-al-Islam, como había sido el caso en los califatos anteriores, sino también el garante de la ortodoxia. El sistema otomano creó un vínculo muy estrecho entre religión y poder militar: de hecho, los jenízaros, base de su ejército, habían sido en su origen una especie

de milicia monacal, cuyos miembros debían mantener el celibato. Es esencial recordar que estos soldados eran esclavos cristianos, comprados de niños u obtenidos como pago de tributo en los Balcanes, Grecia o el Cáucaso, educados como musulmanes, que vivían en comunidad y, como apuntábamos antes, debían en principio mantener el celibato.

Por otra parte, el poder absoluto del sultán, considerado literalmente el representante del Altísimo en la tierra, sólo podía verse limitado, en teoría, por el Corán. El único motivo aceptable para derrocar al soberano era acusarle de haber transgredido la ley coránica, en ningún caso que fuera tiránico, odioso o incapaz. Puesto que esa acusación sólo podía ser creíble si la respaldaban los ulemas, mantenerlos contentos era esencial para el sistema. El clero, presidido por el gran Muftí y cuyos miembros debían el puesto directa o indirectamente al sultán, era por eso objeto de particular atención por parte de los soberanos, los cuales cedían en su beneficio un tercio de las tierras conquistadas, bien en usufructo individual o a través de las mezquitas. Los clérigos, además del control del culto, tenían también el monopolio de la educación, de lo que hoy llamaríamos atención social y, por supuesto, del sistema judicial.

Los recursos del estado se dedicaban preferentemente al presupuesto militar porque la causa más frecuente del derrocamiento de un sultán era una sublevación de la soldadesca descontenta, generalmente por motivos económicos; y es que si el clero monopolizaba el poder social, el ejército fue adueñándose de una especie de potestad de control del poder político. Las revueltas militares empezaron a repetirse a partir del momento en que entró en crisis el sistema de otorgamiento de las tierras conquistadas en usufructo a los soldados (*timar*) al estancarse el avance otomano en los Balcanes y sobre todo a raíz del desastroso tratado de Zsitvatorok (1606) que puso fin a las hostilidades permanentes con los

Hausburgos y por el cual el imperio otomano renunció a sus pretensiones territoriales en Hungría. La primera revuelta de los jenízaros, corta y sin excesiva repercusión, había tenido lugar ya en 1515, pero la de 1593 durante el reinado de Murad III fue mucho más grave. Al parecer el gran visir Sinan Bassa había alterado la ley de las monedas con que se pagaba a los jenizarras, y estos enfurecidos osaron sitiar el palacio del sultán amenazando con matar a todos los bajás y al mismo emperador si este no les entregaba al gran visir. A partir de esa rebelión, dominada a duras penas, la insolencia de los jenízaros iría in crescendo durante todo el siglo XVIII.

El estado otomano fue feroz. A menudo la entronización de un califa se acompaña del asesinato de sus hermanos para evitar querellas dinásticas; en dos siglos, de 66 visires, quince fueron ejecutados. Es casi sarcástico decir, como algunos historiadores progresistas ingenuos, que era un estado igualitario puesto que ni el nacimiento ni la propiedad eran, en sí, fuentes de poder, ya que este era **otorgado** por el sultán a los servidores del estado. **Estado que no busca equidad sino orden**, a través de la sumisión ilimitada al soberano y que impone su ley a través de la delación y el espionaje, de la aplicación de suplicios espantosos. Ese estado atroz quiere sólo ser obedecido absolutamente y más allá de eso no exige nada de la población de la que, en buena medida, se desentiende y tolera un cierto grado de libertad individual, siempre que no sea utilizada para crear estructuras de sociedad civil que se substraigan al encuadramiento social del clero. El único mecanismo que limita relativamente al poder es la corrupción endémica que le hace un poco menos inexorable aunque siempre arbitrario.

La lógica básica del imperio otomano está muy cerca de la de los mongoles. Nacido de una conquista extranjera, se impone a los conquistados pero no se mezcla con ellos. Abarcando un conjunto disparatado de pueblos sometidos, en ningún caso se generó en ellos un sentimiento de solidaridad. Su unidad no reposaba sobre la

nación –hablar de nación islámica como gustan de hacer los jehaidistas modernos es un contrasentido- sino sobre el la obediencia al califa, sobre su poder militar y sobre la idea religiosa encarnada por él para justificar esa situación. El sultán mantiene al pueblo musulmán lo más lejos posible del gobierno para evitar cualquier veleidad de que exija compartirlo. El ideal es que todos los militares que garantizan la permanencia del sistema sean esclavos importados –literalmente- sin ningún engarce en la sociedad, que sus gobernadores sean extranjeros a la población que gobiernan. Los hombres del sultán serán prisioneros de guerra, esclavos comprados en los mercados del Cáucaso - donde la gente educa a los niños más robustos e inteligentes para vendérselos-, aventureros, renegados cristianos... Los niños comprados a sus padres o a intermediarios especializados serán los futuros jenízaros, monjes-soldados al servicio personal y exclusivo del sultán, la base del sistema.

Al igual que no se puede hablar de nación otomana, tampoco hay una verdadera cultura y un movimiento intelectual otomanos. El imperio no encontró nunca una razón de ser fuera de su ejército. Ciertamente, tampoco intentó suprimir la civilización de los pueblos sometidos pero no se puede decir que les aportara nada original. Sus arquitectos fueron persas, sirios y griegos. Su técnica, que sólo tuvo interés en aplicar en el campo militar, la importó llave en mano de Europa. Su marina, que no sirvió tanto para el comercio como para la piratería, era obra de los moros norteafricanos. No tuvo ni arte ni literatura propias y en todos sus dominios se esforzó por ahogar el pensamiento libre.

Desde el principio del siglo XVII Asia se divide en mundos que se dan la espalda, agrupados en dos bloques religiosos. Al oeste, dos estados islámicos, el imperio otomano y el persa. En la India gobierna una casta de conquistadores musulmanes a un pueblo que ha permanecido fiel al brahmanismo. Y en el extremo oriente

dos estados budistas, el imperio chino y el Japón feudal. Las relaciones entre ellos, que hasta el siglo XI fueron constantes y de fuerte intercambio cultural y económico se han vuelto casi inexistentes; las seculares rutas de la seda están casi abandonadas.

La tétrica realidad de estado otomano

Uno de los mitos que los revivalistas islámicos difunden sobre el califato otomano es que proporcionó cinco siglos de estabilidad a la sociedad. Curiosamente, siempre olvidan de dar una reseña histórica fiel de lo que fue aquél régimen y se limitan a hablar (y exagerar o contar leyendas) sobre la grandeza de tres o cuatro sultanes.

Pero la realidad es mucho menos gloriosa: de los 37 sultanes otomanos 17 fueron destronados por golpes militares o conjuras palaciegas. Cuatro fueron ejecutados. Se sabe con certeza que uno fue asesinado y se sospecha que otros cinco murieron envenenados.

Dos se suicidaron. Tres murieron de alcoholismo, enfermedad ciertamente poco islámica, y otros tres fueron depuestos por enfermedad mental. Simplemente dicho: el estado islámico nunca ha funcionado. Jamás fue un modelo ni de estabilidad ni, desde luego, de respeto a los derechos que hoy consideramos irrenunciables. El otomano estuvo dentro de la norma...

Veamos algunos datos que los jihadistas ocultan siempre.

Sobre 37 sultanes, hubo...

Destronados	17	
Asesinado		1
Sospecha de asesinato	5	
Ejecutados	4	
Suicidios	2	
Depuestos por locura	3	

Quienes lo deseen pueden consultar la lista completa de causas de la muerte de los sultanes y la de los destronados. De nuevo, el imperio otomano era un sistema esclavista-militarista que reprimió sistemáticamente la libertad de pensamiento y actuó en todo momento como dique para impedir la modernización de la sociedad. El atraso actual de las sociedades musulmanas, su falta de democracia, su despotismo endémico y ausencia de capital social se deben a los desastrosos efectos de ese régimen fatídico, no a la perfidia de los occidentales.

Esa es la primera base miserable de la mentira constante del jihadismo, su fabulación del pasado para dominar a los musulmanes presentes y utilizarlos de carne de cañón en su lucha por el poder... Y sin embargo, una de las corrientes principales del movimiento jihadista se basa en el mito de resucitar el imperio otomano. Veamos algunas otras realidades de esa versión del totalitarismo verde.

